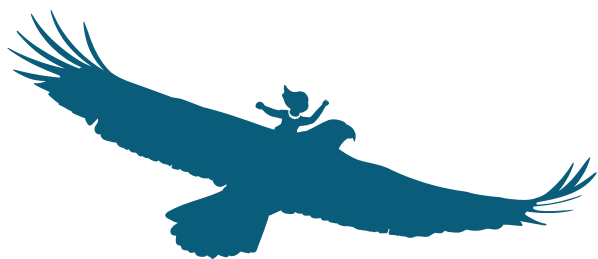


EL VIAJE DE ALICIA Y OTROS CUENTOS

MÓNICA ÁLVAREZ
ESTHER EULALIA FERNÁNDEZ
MARÍA ÁFRICA MOLINA
ELENA CABALLERO
MIGUEL FERNÁNDEZ
MANUEL ORENES PEÑALVER
TRINI DÍAZ GALLEGO



EDITORIAL
**ESPACIO
PARA CONTAR**
espacioparacontar.com

BIBLIOTECA
DE CUENTOS
MARAVILLOSOS

EL VIAJE DE ALICIA

Y OTROS CUENTOS

MÓNICA ÁLVAREZ
ESTHER EULALIA FERNÁNDEZ
MARÍA ÁFRICA MOLINA
ELENA CABALLERO
MIGUEL FERNÁNDEZ
MANUEL ORENES PEÑALVER
TRINI DÍAZ GALLEG0

EDICIÓN DE JUAN PEDRO ROMERA

EDITORIAL ESPACIO PARA CONTAR
2023

Dirección de la colección: Juan Pedro Romera
Diseño de la colección: Daniel Caballero
Ilustración: Daniel Caballero

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Todos los derechos reservados

Título original: *El viaje de Alicia y otros cuentos*

© De los textos: sus autores
© De la presente edición:

Editorial Espacio para Contar, 2023

C/ Carril de los Juanes, 12
30012 Murcia (España)

Teléfono: +34 649 09 08 11

info@espacioparacontar.com
www.espacioparacontar.com

ISBN: 978-84-126443-2-6
Depósito legal: MU 31-2023
Impreso en España/Printed in Spain

PRÓLOGO	9
EL VIAJE DE ALICIA MÓNICA ÁLVAREZ	11
ALMA y MUJER ESTHER EULALIA FERNÁNDEZ	23
HADA DE SUEÑOS PLEGADOS MARÍA ÁFRICA MOLINA	31
EL JARDÍN DE MAYA ELENA CABALLERO	39
TRANSCENDENCIA MIGUEL FERNÁNDEZ	47
LOS ROSALES Y LA MÁQUINA DEL TIEMPO MANUEL ORENES PEÑALVER	53
QUE ME QUITEN LO BILAO TRINI DÍAZ GALLEGÓ	61
«AHORA TE TOCA A TI»	69
«ÉRASE TU VEZ»	73

AGRADECIMIENTOS

Es importante el agradecimiento pues sin la colaboración de muchas personas no sería posible la realización de este taller.

Daniel Caballero, eficaz e inspirado en el desarrollo del arte de la imagen de este libro y de toda la colección.

Emilia Matilla por su valiosa contribución en todo el proceso que ya va por la edición número 15.

Rosa Chacón que tan magníficos consejos nos ha aportado.

Y todo el equipo internacional del proyecto europeo *Once Upon Your Time*, (España, Islandia, Escocia y Eslovenia) que han sabido interpretar la metodología *Érase tu vez* para el trabajo con adolescentes vulnerables y en situación de riesgo social. Un proyecto Erasmus+ escrito por Magdalena Jarmoc y Federica Milano.

PRÓLOGO

Hablar de Imaginación es hablar de la esencia del ser humano, del acto creativo constante, de la dicha de poder asomarnos al lugar donde se enhebran los cuentos con metáforas y símbolos intemporales. «La imaginación interioriza la realidad exterior a la vez que exterioriza simultáneamente la realidad interior».

En el taller *Érase tu vez* que se ha realizado en noviembre de 2022 en Murcia hemos tenido la oportunidad, una vez más, de jugar con los deseos para ser más completos y contarlo en forma de cuento. Cada uno, cada una, ha puesto lo mejor de sí en el proceso vivido, porque siempre hacemos lo mejor que podemos hacer y si lo hacemos riendo o jugando se establece una relación definitiva con el mundo de lo sutil, ese que nos construye sin que nos demos cuenta, el que sostiene nuestros sueños y anhelos.

Mónica Álvarez, Esther Eulalia Fernández, María África Molina, Elena Caballero, Miguel Fernández, Manuel Orenes Peñalver y Trini Díaz Gallego han generado una nueva corriente de cuentos con olas que recorren las emociones y nos dan acceso a las nuestras propias porque, en el fondo, todos estamos unidos por el hilo invisible de la irrealidad.

Bienvenidos, bienvenidas, a la fiesta.

*Con mucho amor y agradecimiento a mi gran familia,
la de aquí, y la de allí.*

EL VIAJE DE ALICIA

MÓNICA ÁLVAREZ

Nunca pensé que esto pudiera ocurrir. Jamás imaginé que los acontecimientos pudieran sucederse así, tan juntos, sin sentido pero encadenados tan fuerte como cuando la tierra y el mar se unen por el horizonte más eterno sin existir la más remota posibilidad de separarlos.

Esta es una historia circular, del corazón, un viaje al interior del alma humana donde todo es posible y todo está listo para contarse.

La historia que quiero relatar es la historia de Alicia y, porque fue ella la que me lo contó, doy fe que los hechos que se narran son tan reales y verdaderos como la vida misma.

Alicia era una chica como tantas otras, una adolescente con ganas de comerse el mundo, muy alegre y muy rabiosa, una rabia que repartía a partes iguales entre su madre, su padre y siempre algo quedaba para su hermano pequeño, Luisito. Como buena adolescente, las amigas eran lo único que existía en el mundo, su mundo; a ellas les tocaba siempre la mejor parte, hasta ahora.

Para Sandra, su mejor amiga, incondicional y «hasta que la muerte nos separe» siempre había un abrazo, una llamada, unos gritos bien pegados de alegría o una buena tanda de risas al salir del instituto. Eran uña y carne. Pero ¡ay! a veces la vida nos muestra su

otra cara, más difícil y más amarga y lidiar con ella supone, en muchas ocasiones, aceptar lo que tenemos enfrente y seguir andando o, como pasa en esta historia, seguir pedaleando.

Alicia vivía en una casa a las afueras de la ciudad, una zona residencial que contaba con supermercado, guardería, piscina municipal y, lo mejor, un gran bosque que rodeaba a una gran parte de las casas entre las que se encontraba la casa de Alicia.

Si buscabas el bosque en un mapa de carreteras no ponía ningún nombre, coloreado como una mancha verde en realidad pertenecía a las estribaciones de la montaña llamada «Montaña de los Peligros», que sí se veía bien dibujada en las indicaciones del mapa. Aun así todos los habitantes de la zona estaban muy orgullosos de su bosque y lo conocían por el «Bosque de la Nube de Piedra», ya que contaba con un enorme peñasco, casi en el centro, puntiagudo y lleno de rocas grisáceas que salían por los lados, dándole un aspecto de una nube gigante, de esas que presagian tormenta.

En esta historia, Alicia no era la Alicia de siempre. No estaba pasando una buena racha. Se había peleado con Sandra y eso le hacía sentirse muy sola y desgraciada. Sandra era alegre y extrovertida, como decían sus amigos: «es una chica con mucho tirón», la gente del insti la respetaba y la seguía... Alicia se sentía marginada y, lo peor de todo, es que no sabía cómo salir de ahí. El drama de la soledad y la tristeza la habían engullido y era incapaz de ver una solución al final del negro túnel, era capaz de todo para salir de su situación, de todo menos volver a ver a su amiga. ¡¡Eso nunca!!

Para salir de este atolladero y pasar inadvertida en el barrio —donde vivían la mayor parte de sus amigos y amigas y, por supuesto, Sandra—, Alicia cogía la bicicleta y se iba al Bosque de la Nube de Piedra, sola. Seguía los senderos y caminos trazados muchísimos años atrás por los primeros pobladores de la zona, así de antiguo era el bosque. Al principio mantenía la dirección indicada por los senderos, iba tranquila y con calma. Cuando le venía la ra-

bia, se salía del camino y pedaleaba muy fuerte a través del monte, esquivando cuando podía arbustos, pinos y rocas.

A veces, y casi a propósito, se estampaba con pequeños salientes rocosos o con densos arbustos y se abandonaba a su suerte, dejándose caer sobre la tierra como una hoja para después lamentarse de la caída y sentirse desolada. Era un círculo vicioso que fortalecía su sentimiento de abandono y la separaba cada vez más del entorno.

Una tarde, a la salida del instituto y sin decírselo a nadie, Alicia cogió la bicicleta y se adentró en el bosque, pero esta vez decidió tomar un camino misterioso que le llamaban: «El camino prohibido».

Sus padres se lo habían dicho millones de veces: «Alicia, haz lo que quieras pero por favor no te metas sola por el camino prohibido». Cuando ella preguntaba el porqué su padre emitía leves gruñidos ininteligibles y su madre cambiaba de tema. Su actuación era casi cómica y al final no se enteraba de nada.

«Si al menos pudiera llamar a Sandra para que se viniera conmigo», pensaba Alicia, pero ¡ay!, se habían enfadado para siempre. Sandra le había hecho una jugarreta que no se la perdonaría en la vida. En la clase de gimnasia estaban jugando al juego de la silla y, mientras el profe explicaba algunas cosas, Alicia cansada de estar de pie fue a sentarse en una de ellas, pero Sandra por detrás movió la silla de sitio y Alicia cayó de culo delante de toda la clase, incluido el grupo de chicos de segundo que estaban entrenando. Todo el mundo se moría de risa. Alicia estaba en el suelo con las piernas hacia arriba como si fuera una cucaracha, roja como un tomate de vergüenza y de ira. Se levantó como pudo y, murmurando algo y saliendo a toda prisa del pabellón, juró que nunca, nunca se lo iba a perdonar a Sandra. De nada valieron los perdones y las disculpas, Alicia estaba decidida a ir sola en contra de todo y de todos.

Así que ni corta ni perezosa siguió pedaleando en su bici azul

pálido, una bici con ruedas especiales para ir a través del monte, chulísima, y se adentró en el camino prohibido. Se sabía el bosque de memoria, conocía cada sendero y prácticamente cada piedra y arbusto del camino. ¿Qué le iba a pasar si se metía sola por el camino prohibido? ¡NADA! Lo tenía muy claro, además así demostraría a sus padres y a su pandilla que ella era fuerte, que no se amedrentaba por nada y por nadie, y que era una chica autosuficiente y valerosa.

El camino prohibido se iniciaba con un sendero estrecho, de suelo firme y limpio, sin piedras ni arbustos, «¡buen comienzo!», pensó Alicia.

Pedaleaba a buen ritmo, iba tranquila y segura, aunque dentro de ella había un rumor, como un ronroneo de alerta que era incapaz de traducir. Pero tenía que hacerlo, tenía que atravesar el camino y llegar al otro lado.

Tan absorta iba en sus pensamientos, imaginando en su cabeza historias de rabia y venganza que no se dio cuenta de las nubes cargadas de agua que acechaban y ennegrecían por segundos el cielo del bosque y, como un gran paraguas negro, iban cubriendo todo a su paso. La tarde comenzaba su fin, los árboles perdían su silueta y los arbustos bailaban una danza suave y conmovedora que hacía tintinear las hojas que caían de los árboles y que con el viento se arremolinaban en el suelo prometiendo el inicio de una buena película de miedo.

¡Pum! Una gota de agua en la cabeza de Alicia. Una gota grande, fría, como una punzada de terror que le atravesó el corazón. Volvió a la realidad, ¿dónde estaba?, ¿qué sucedía? Miró a su alrededor y, de repente, lo vio todo con espeluznante claridad. La tormenta estaba encima del bosque y de ella, con sus fuertes rugidos y sus brillos metálicos que alumbraban como sombras espectrales los más oscuros rincones del camino prohibido, el viento la empujaba como una mano invisible y le hacía moverse muy deprisa, sin

control, la lluvia era incesante, como un gran manto negro, creando una cortina de acero que le impedía ver más allá de sus narices. Alicia tiritaba y, con los huesos humedecidos, empezó a llorar. ¿Cómo era posible?, no había forma de salir de allí. Se mantenía como podía en la bicicleta, como si un hilo de hierro la mantuviera sujeta. Alicia, como una muñeca de trapo mojada y sucia, se dejaba arrastrar por la lluvia y el viento y, llorando, se acordaba de cuando ponían esas pistas de nieve falsa en el barrio, por Navidades, y se subía con Sandra y sus amigos que, muertos de risa, se dejaban caer deslizándose y, afónicos de tanto gritar, canturreaban las canciones de moda.

Una ráfaga de viento la zarandeó tan fuerte que le hizo tambalearse del sillín y a punto estuvo de caerse si no llega a ser por un tronco de abedul al cual se agarró con las dos manos, como un abrazo inesperado pidiendo socorro que a ella le pareció la viva imagen de cuando el mundo se acaba. «Quizás sí —pensó—, ha llegado mi hora, qué muerte más absurda, ¡y dándole la razón a mis padres!».

Gritó y gritó, lloró: «¡ayudadme, sacadme de aquí!». El eco le devolvía su voz envuelta en una música enloquecida de truenos, lluvia y viento. Era, definitivamente, su fin.

Le vino a la cabeza una vez que su profesora del insti había dicho algo con respecto al camino prohibido, «si quieres ir por el camino prohibido tienes que estar preparada para el otro mundo...». ¿Entonces? ¿Si ibas por el camino prohibido te ibas al otro mundo, te morías? o ¿qué es el otro mundo?». Era demasiado tarde para esas preguntas. Quizás nunca sabría las respuestas.

Con el corazón empapado por la pena y con el barro que le llegaba hasta las rodillas, decidió dejarse ir, abandonarse... «ya no puedo más, me rindo, si este es mi final que así sea».

Sin saber por qué y poco a poco, como en un susurro al principio y en voz alta después, comenzó a hablar con el mismo tono

que su abuela cuando rezaba el rosario: «Sandra, me gustaría darte un abrazo y decirte que te quiero, que cuando te tiré el cubo de agua por encima tú te lo tomaste a cachondeo y no te enfadaste ni una pizca, que somos amigas para siempre... papá, mamá, gracias por todo, ¡qué pena que nunca os lo he dicho! ¡Luis, mi pequeñajo, hermano mío, te adoro, si vieras las cosas que me has enseñado, aunque jamás me atreví a decírtelo por pura arrogancia». «Nacho ¡me gustas!, me gustas desde tercero, desde que te vi entrando por la puerta del instituto, me gustas desde siempre, ojalá me hubiera atrevido a decírtelo...».

Y así, recordando uno a uno a sus seres queridos, enviando mucho amor y con palabras de agradecimiento se fue hundiendo más y más en el barro, dejándose llevar una y otra vez, una y otra vez...

De repente, se hizo el silencio, Alicia enmudeció, no había sonidos, la tormenta seguía más fuerte que antes, pero había algo, un espacio, una luz, algo que ella no podía describir pero que la mantenía a salvo, como si estuviera metida en una caja fuerte flotando en medio de un tsunami... en realidad ella era la caja fuerte. La luz que venía desde muy lejos, desde los confines más oscuros de la tierra y más allá, la arropaba, la bañaba por completo y le irradiaba la fuerza necesaria y el aire suficiente —como cuando le daba aire a la rueda delantera— capaz de hacerle sentir y decir: «Sí, yo puedo, voy a continuar por el camino prohibido, me lo merezco, ‘por mí y todas mis compañeras’, recordando las palabras que usaba cuando jugaban en la hora del comedor al churro mediamanga mangotero».

Alicia siguió pedaleando dentro de su burbuja de oro, dirigiéndose hacia el otro lado, siguiendo el camino prohibido más segura que nunca pero sin parar de preguntarse todo tipo de conjeturas: ¿Qué era lo que la mantenía?, ¿era algún espíritu del bosque?, ¿el príncipe de los abismos?, ¿alguien o algo de otro planeta? O, la

peor y más terrorífica de todas las sospechas, ¿era ella misma la que sin saber cómo estaba consiguiendo mantenerse a flote y viva en todo este caos? Estaba confusa y aturdida, agotada, no tenía más remedio que dejarse llevar de nuevo y sonreír a la oscuridad.

De un lado del camino y como un terremoto sonoro, apareció un árbol lleno de ramas y hojas grandes de muchos colores, sí, un árbol enorme andando tranquilamente hacia ella. Alicia no lo podía creer ¿estaba andando el árbol? En un momento dado y sin previo aviso el árbol se abalanzó sobre ella y la elevó varios metros por encima del camino. Ella, muerta de miedo y a la vez mostrando un gran asombro, observó cómo, poco a poco y con mucha dulzura, el árbol la iba desapegando de la tierra, como si volara. Nunca antes había sentido algo tan mágico, volando por encima de las nubes y acunada por un árbol, ¿habría posibilidad de contárselo a Sandra y a sus amigos del insti, o nunca más los volvería a ver? El árbol daba zancadas enormes y ella, acurrucada en un cesto improvisado entre sus ramas, iba divisando aquí y allá. «¡Mira! —se decía a sí misma—, ¡si se ve Torre Blanca! —que era la ciudad más cercana a la suya—. ¡Y ya han puesto la feria! ¡Qué chulada!».

Un ejército de nubes avanzaba a paso ligero entonando un cántico misterioso, y no entendía nada. ¡Era todo tan alucinante y tan real al mismo tiempo!

Iban por encima del bosque, de la tormenta y de la lluvia, por encima de todos los problemas y las preocupaciones, y eso era lo mejor. El árbol la miraba y ella le respondía con una sonrisa pues tal era su asombro que era incapaz de articular palabra.

En ese preciso instante y como venida de países lejanos, un águila dorada se posó en una de las ramas y con una voz como de otros tiempos, una voz que retumbaba, fuerte y grave a la vez, se acercó a ella y le preguntó: «¿Te atreves?». Alicia no dijo nada, simplemente la miraba con sus ojos abiertos como platos, el águila, sin mediar más palabra, le agarró por la capucha de la sudadera y,

como pudo, Alicia se subió encima del águila, igual que hacía Luisito cuando se subía encima de ella y jugaban a los caballitos. Ahora sí que se iniciaba el vuelo. Atravesaron la urbanización y al alejarse todo adquiriría la forma de puntos y cuadros de colores. Apenas le daba tiempo a mirar hacia abajo, tan ocupada estaba en no caerse y parecer un confeti de esos que echaban en la fiesta de fin de curso desde lo alto del anfiteatro.

Sobrevolaron la ciudad, seguía sin dar crédito a sus ojos, la biblioteca, la piscina municipal, el parque de atracciones... «¡Mira, la noria!, ¡y las luces ya encendidas!» El espectáculo era maravilloso. Alicia no quería que acabara, si pudiera ser siempre así, humana con mirada de águila...

Cruzaron entre los dos picos de la Montaña Perdida y tuvo que agarrarse bien fuerte cuando pasaron por el desfiladero de la Mujer Dormida. De repente, surgida de la nada y de un modo inesperado, les sacudió una ráfaga de aire y a punto estuvieron de estrellarse contra el Peñasco del Tigre, si no es porque el águila abandonó su resistencia a la gravedad y se dejó caer como cuando cae una pluma desde lo alto de un edificio de cinco pisos, suave, sin prisa, dejándose llevar por la bolsa de aire caliente que había creado la ráfaga de aire. Alicia se sentía acunada y protegida. Vislumbró a lo lejos el mar, no lo podía creer, ¡estaban llegando a la costa!, ¡el mar! Amaba el mar, verano, invierno, otoño... el mar era siempre el mismo, azul, fuerte, inmenso, nunca se cansaba de mirarlo. Pero Alicia solo iba al mar algunos días en verano para visitar a sus abuelos. Su abuelo era pescador y vivía con su abuela en un pueblito pequeño, donde la mayor diversión era coger cangrejos y la fiesta de la espuma que organizaban en agosto en la plaza del pueblo donde al final quedaba todo embarrado, pero ella lo pasaba genial. A su padre no le gustaba ir, así que dejaban a Alicia con los abuelos y sus padres y Luisito se quedaban en casa aprovechando para arreglar alguna cosa o simplemente descansando.

Alicia nunca se lo había confesado a nadie, para ella el mar era como su hermano mayor, su gran confidente. Le podía contar todo, absolutamente todo y por más terrible que fuera, jamás saldría un reproche, un juicio, un tan odiado «te lo dije». Siempre ese silencio por respuesta, ese amor tan incondicional, el mar... Era invierno y Alicia miraba el mar, ahí estaba, azul, grande, imponente, veía los barcos como manchitas de colores: «¡Mira allí!». Delfines iban saltando alegres, como potrillos azules desbocados, ¿de verdad le estaba ocurriendo todo esto?

Sin previo aviso el águila dio un giro tan brusco que Alicia por poco pierde el equilibrio. Se sujetó fuerte a una de sus garras y evitó caerse en picado al azul oscurísimo de alta mar.

Alicia entendió lo que el águila con sus bruscos movimientos estaba intentando decirle: es hora de volver, el momento de regresar ha llegado.

Por una parte le dio un poco de tristeza porque era todo tan bonito y sugerente, le había hecho olvidar sus problemas terrenales, ya nada era igual, no los veía como problemas, más bien asuntillos que había que transformar y aceptar. Las tripas le rugían como un coro de leones hambrientos y estaba empezando a sentir agujetas en las piernas. Se sentía agotada, feliz, como cuando corrió el maratón con sus amigas que llegaron casi las últimas pero se divirtieron de lo lindo, o en su primer día de vacaciones llegando a casa de sus abuelos.

El árbol le estaba esperando. Colocó sus ramas a modo de cuenco y, como si de una pista de aterrizaje se tratara, el águila ¡zas!, soltó a Alicia que se abrazó las rodillas para hacerse una bola y caer así en el nido artificial hecho por el árbol. Gentilmente la dejó de nuevo en la tierra, al lado de su bici azul pálido, exactamente en el mismo lugar del principio. Cuando giró la cabeza para despedirse tanto el árbol como el águila habían desaparecido.

Pedaleó un rato y observó con una inmensa alegría que el bos-

que iba clareando, la lluvia golpeaba suavemente sobre su cabeza y producía un leve tintineo en el metal de su bici. Se sentía ligera y con fuerzas renovadas, estaba preparada para seguir el camino que además era una senda cuesta abajo y sin obstáculos. El sol salía tímidamente entre los árboles, los pájaros carpinteros retomaban su toc toc haciendo infinitos agujeros en los troncos de los pinos, los álamos se mecían con suavidad y Alicia recorría el camino con alegría, ansiosa de llegar al final.

Como por arte de magia salió del bosque. El camino prohibido terminaba igual que como había comenzado, en una vereda estrecha, limpia, con un suelo firme. Al principio no se dio cuenta pero al reconocer la vieja caseta del guarda, la misma que estaba en el inicio del sendero, en el otro lado del bosque, tuvo que reconocer su sospechosa verdad completamente inevitable: el final del camino prohibido era el inicio. ¡Era un camino circular en línea recta! Para su asombro y máxima alegría vio cómo Sandra y Nacho venían corriendo como locos hacia ella. Por el otro lado y saliendo de un coche patrulla aparecía su madre hecha un manojo de nervios y gritando: «¡ Alicia, Alicia!». Soltó la bici como si le quemara entre las manos y salió de estampida a abrazar a sus seres más queridos mientras pensaba: «¿Creerán algo de lo que me ha ocurrido? ¿Les podré contar lo de la burbuja dorada, o el águila que me llevó volando por encima del mar? Alicia tuvo la certeza de que su secreto se quedaría para siempre en el bosque y solo las luces infinitas que lo bañaban todo sabrían del viaje de Alicia con su bicicleta azul pálido por el camino prohibido.

FIN

Al alma que quiere volver

ALMA y MUJER

ESTHER EULALIA FERNÁNDEZ

Erased una vez un alma.
Decidió que quería corporeizarse. O le vino la llamada.
El caso es que se puso en disposición, que eso es lo importante, estar dispuesto. Dispuesta.

Eso. ¿Qué sería? ¿Dispuesto o dispuesta?

Primera decisión.

—Mmmm... Qué difícil. ¿Ya tengo que empezar a ser humana?

—No. No pienses. Déjate llevar. Lo que te salga ya vale para iniciar el proceso...

Pues oye, será que decidió el boli que bailaba sobre el papel y que bailó con la «a»: «Huma...NA». O sea, nuestra alma se corporeizó en una mujer.

Uy! Me ruborizo al decirlo. M U J E R. ¡Digámoslo! ¡Con valentía! ¿A ver?...

¡¡¡Se corporeizó en una mujer!!!

¡Bravo! ¿Y qué pasó?

Nada. Bueno. Que empezó el viaje.

Al principio, como no sabía nada, parecía que no pasaba nada.

Ey, un momento. Esto es un juicio. ¿No? Demasiado humano. Paremos. Contemos desde el ojo que mira a esa almita.

Alma empezó el viaje.

Se agarraba al cuerpo femenino desde el cuello, a modo de capa. A veces colgando, a veces protegiendo, a veces abrazando. No se atrevía a ocupar, de momento, demasiado espacio. No quería invadir, como esas plantas que se reproducen y no dejan crecer otra cosa.

—¿Pero qué otra cosa?

Dale. Habla Alma. Ya eras tú.

¿Qué hiciste? ¿Qué hiciste en ese cuerpo?

Alma empezó probándose el vestido de piel, carne y hueso que había elegido.

¡Era un festival de sensaciones! ¡¡S en S A c i O N e E e sss!!

Calor, humedad, frío, duro, blannndura, dolOr, cosquiiiillas, pisotóNNN, ¿pellizco? ¡BofetóN!

—Uy, eso no lo esperaba.

Se lo quedó y lo guardó en un cajón. Vamos a otra cosa. ¿Qué más?

Descubrió las manos. ¡Qué súper herramienta!

Todo. Todo. ¡Todo lo podían hacer!

Qué manualidades, qué dibujos, qué masajes... Hasta el ¡PINO con las manos!

—¡Bien! Contaremos con ellas —se dijo.

Los olores fueron otro descubrimiento de gran placer. Hasta los malos olores eran de su interés.

Y en cascada conoció todos los sentidos. El del gusto, el del oído, la vista... Y fue ampliando su vocabulario con ellos:

—Esto me gusta. Esto me suena. Esto no lo veo claro. Esto no lo trago.

¡Qué sentido tenía todo con los sentidos! Ahora sabía algo más y ya empezaban a pasarle cosas.

Una detrás de otra las cosas se sucedían. Y pasaban los días y Alma cada vez tenía más experiencia. Tenía los cajones llenos y, eso sí, muy desordenados... Podías encontrar en un cajón arena

de playa, sonrisas, buenos consejos, libros estupendos, viajes de descubrimiento, placer infinito, dramas y traumas, deseos, amistad, decepción y miedo.

Sin embargo, no por mucho madrugar amanece más temprano. Ejem... Quiero decir que... No sentía que aprendía.

—¿Habría un sentido que aún no he conocido? —se preguntaba.

La verdad es que no andaba corta de sentidos. Ya tenía hasta el sentido común, el sentido del deber, el del equilibrio... el del ridículo...

Y... Con tanto sentido... No le encontraba sentido a la
E X P E R I E N C I A .

—Ya me he cansado.

Dijo sin más. Y decidió dejar ese cuerpo a la deriva.

—
— — —
—

Ella no sabía que eso no se podía hacer. No es que estuviera prohibido. No es que fuera peligroso. No es que entrara en la «boca del lobo», o en el «vientre de la ballena» sin ticket. Es que NO se podía hacer. Ella creía que había dejado el cuerpo a la deriva porque así veía a esa mujer... Desde arriba, la veía vivir sin rumbo, sin amor, sin dolor...

Ahora Alma era toda sentido común, sentido del deber, sentido del ridículo.

Desde la vergüenza ajena se desentendía de su cuerpo ante otras almas.

—Pobre mujer —comentaba—, hice lo que pude para darle sentido.

Pero Alma y Mujer seguían juntas.

Alma no sabía que la Tierra la miraba y se daba cuenta de

todo. La que vagaba a la deriva como una cometa atada a esa mujer perdida era ella. «Ay... Almita».

El hilo de la cometa de mil colores cuando llegó, y por el cual entró a formar parte de la Tierra había ido perdiendo su fuerza.

Primero desapareció el hilo amarillo: el juego. Después la sinceridad... el azul... Desaparecieron los colores cálidos y los fríos y, ahora, cerca del blanco, quedaban dos grises que apenas brillaban.

—Ay, Almita —dijo la Tierra—. Si sólo te falta un poco de...

¡SENTIDO DEL RITMO!

Alma creía no escuchar. Los «sentidos del caos», como ella los llamaba, se habían quedado todos en aquel cuerpo de mujer a la deriva. Así, si creía percibir algo fuera de «lo común» —de sentido común—, no hacía caso.

¿Qué ganaba Alma con esta sordera..., esta ceguera..., este abandono? ¿No le importaba perder ese cuerpo que tanto había disfrutado? De todos los hilos que había trenzado con la mujer, solo quedaba uno. El último antes de la muerte del alma.

La Tierra insistió:

—¡¡¡¡Que necesitas el sentido del RRiTmOOOOOO!!!!

Y como Alma seguía sorda y la mujer seguía dormida, la Tierra optó por hacer algo... por ella y por todos.

—Yo siempre he sido constante y mis seres han aprendido repitiendo. Sin dudar. Simplemente repitiendo.

¿Qué pasaría si yo no fuera constante? ¿Si girara a tropicónes? Si le pidiera a la Luna que viniera a verme... No tanto. No tanto, bonita...

¿Que pasaría si abriera las fuentes según un orden de reparto? ¿O según me levantara yo?

¿Y si no vuelvo a repetir... como un padre repite una y otra vez?

¿Y si me paro y punto? ¿Despertará la mujer? ¿Volverá el alma?

¿Pero qué os creéis? ¿Que la Tierra iba a hacer eso por una

simple alma? ¿Por un cuerpo de mujer? Con todos los cuerpos y almas que hay...

Pues no. Claro que no.

Lo que hizo fue lo siguiente: Cogió y abrió todos los cajones y puso a todas las experiencias a bailar.

Las mismas cosas empezaron a repetirse una y otra vez ante la mirada de la mujer, en las manos de la mujer, en su corazón, en sus oídos, en su cara, en sus tripas.

La repetición empezó a dibujar un ritmo en el aire... cada vez más claro y definido.

El alma. Alma. Almita, muy lejos de los sentidos que conocía, percibió una vibración. Un sentido nuevo que la encendía.

. - ' " ' , , , , . , , ;
" " ..

La mujer bailó los ritmos de su vida. Y recordó algo que se posaba en su nuca. Algo que la abrazaba, la protegía desde lejos y muy cerca.

. - ' . ' . ' ' , , , , . , , ;
, " " ..

Y Alma, Almita, con todos los sentidos, comenzó a vivir.

. - ' . ' . ' ' , , , , . , , ;
, " " ..

—Si vives, buena la has hecho... —dijo otra alma que por allí pasaba—. Que sepas que hay que repetir, repetir y repetir, hasta que te salga bien. Y así toda la vida.

Alma y Mujer se miraban y sonreían ajenas a los comentarios.

Se amaban y no iban a cuestionar la vida, ahora que había empezado. Vida de verdad de la buena.

~~~~~  
~~~~~  
~~~~~  
~~~~~  
~~~~~  
~~~~~  
~~~~~  
.....  
.....

—Chicaaaas... —decía la Tierra— no perdáis el RITMO...

Y no, que no lo perdían. Bailaban estupendamente juntas, con los acontecimientos y las circunstancias, siempre viviendo y siempre mejor.

En espiral ascendente. Como debe ser.

Pero mira por dónde que apareció un alma que iba tirando de un cuerpo a la deriva.

Era un alma de brillo cegador que casi no dejaba ver a su persona.

A duras penas se podía ver que ningún hilo las unía... Y el ritmo era extremadamente lento.

— Hola —dijo Alma y Mujer.

—Shhhh... Necesita dormir.

—¡Vaya! Este ritmo no lo entiendo.

—Pues es el único ritmo que conocemos.

Almita y Mujer se pusieron muy contentas porque, además de todo que ya estaban aprendiendo, podían estudiar algo nuevo.

¡Ahora aprenderían P O L I R R I T M I A!

*Dedico este cuento a las personas genuinas que decido que vayan en  
la mochila que llevo de vida, ellas saben quienes son:  
Mis hijos Daniel, Elena y Pablo, mis motores.  
Carlos, mi compañero de ruta. Mi madre.  
Y otras personas con luz que se han ido cruzando en mi camino.  
Me siento **agradecida** por habernos cogido de la mano en este  
camino de la vida.*

# HADA DE SUEÑOS PLEGADOS

MARÍA ÁFRICA MOLINA



**B**el era un hada jovencita que tenía los sueños plegados. En su naturaleza estaba un contento innato, pero llevaba meses triste. Le costaba abrir esas preciosas alas azul turquesa con hilos dorados con las que había nacido, pero que aún no sabían desplegarse para volar.

Por ello, días atrás había decidido, por fin, emprender un viaje acompañada de su buen amigo el elfo Trampolín en busca de respuestas.

Bel se preguntaba por qué sus alas no le permitían volar y, en cambio, le pesaban y le impedían bailar con agilidad.

Llegado el día de salir al mundo a explorar, Bel y Trampolín eligieron un mantel de cuadros blanco y rojo, pusieron en él unas nueces, manzanas y una manta para taparse juntos si hacía frío, lo ataron en forma de saquito a una caña, Trampolín se la echó al hombro y partieron a la aventura. Se deslizaron por el tobogán que salía por el lateral de la casita de madera en el pino donde vivían, al llegar al suelo se miraron guiñando un ojo y pusieron sus pies en marcha.

Después de caminar por el bosque más cercano durante buena parte de la mañana, se sentaron sobre un tocón. En silencio, observaron cómo se acercaba una mariposa violeta, luego otra, y



otra más. Bel extendió su brazo y la última mariposa de todas se posó sobre su mano. El hada la miró con ternura y le preguntó:

—Mariposita, ¿cómo haces para volar?

A lo que ésta respondió con cara simpática:

—Mis alas se mueven solas cuando quiero bailar con las amigas para buscar alimento, o huir de lagartos o ranas, volar está en **mi naturaleza**. *Psé...* esto es lo que sé.

Y nada más decirlo, aleteó y se perdió entre los árboles.

Bel y Trampolín se miraron sin comprender muy bien la respuesta y retomaron su camino.

Al poco, se escuchó el canto de un *Garrulus Glandarius*, también llamado Arrendajo, con sus pintorescas plumas celestes y grises y su canto rítmico. Lo hallaron posado en una roca junto a un riachuelo. Se agacharon a su altura y el hada le preguntó:

—Garrulillo, ¿cómo haces para volar?

El ave los miró con sus vivaces ojos pequeños y respondió:

—Para volar lo único que hago es querer volar. *Voilà!* Con **solo desearlo** ya estoy volando.

El hada y su amigo cogieron la nueva respuesta, la metieron en su mochila sin mucho que decirse y siguieron por un sendero más estrecho.

Cuando llevaban unos minutos caminando, se oyó un ruido de motor alto y lejano, un aparato que dibujaba una estela en el aire.

Por allí saltaba veloz de árbol en árbol una ardilla roja de tonos anaranjados. Bel la paró y le preguntó:

—Ardillita, ¿qué es esa cosa que vuela haciendo tanto ruido?

El animalillo le explicó:

—Eso es una avioneta.

Y añadió:

—Dice una leyenda de este bosque que un joven intrépido que tenía como mejor amigo a un herrerillo de color blanco, gris, celeste y amarillo, quiso con tanta fuerza volar como él, que cons-

truyó un aparato al que llamó «Alas-volantes». Con ello consiguió alzar pequeños vuelos. Al extenderse la voz sobre el invento, llegaron al bosque unas señoras muy ilustradas que, al ver el experimento, se inspiraron para construir avionetas como esa que ves en el cielo. Ese chico puso tanta **ilusión** en volar, que al no tener alas las inventó para cumplir **un sueño**.

Trampolín y Bel cogieron esta inspiradora respuesta, la guardaron en su saquito y continuaron caminando.

Enseguida, llegaron a un punto del bosque donde los árboles eran más frondosos y empezaba a anochecer. Aún con luz suficiente vieron un autillo posarse sobre una rama. El búho pequeñito de grandes ojos negros con el borde de un amarillo espectacular, tenía un canto de nota aflautada. Era una delicia escucharlo. Así que en cuanto paró, Bel se le acercó con delicadeza, lo miró a esos ojos serenos y le preguntó:

—Señor Autillo, ¿puedo hacerte una pregunta difícil?

A lo que el búho respondió:

—**Vale la pena intentarlo**

Entonces Bel lanzó su interrogante:

—¿Cómo haces para desplazarte moviendo tus alas?

Abriendo un poco sus ojos, sorprendido, el autillo con el mismo ritmo de su canto, contestó:

—**Con-fí-o...** simplemente Con-fí-o.

Y el ave se fue volando.

Trampolín y Bel estaban ya un poco cansados de andar, de preguntar, de guardar pistas en la mochila, no habían comido nada aún y tenían sed. Trampolín decidió sentarse a unos metros de un estanque. Nuestro elfo estaba agotado y cayó rendido en un sueño sobre una cama de hojas secas. Bel, en cambio, algo triste, sin entender muy bien las respuestas que les habían dado, se sentó a la orilla del estanque. Allí lloró sobre el agua cristalina. Cayeron lágrimas sobre los verdes nenúfares y las flores de tonos rosa y blanco

que flotaban. Y allí, abrazada a sus piernas y apoyando la cabeza sobre sus rodillas, cerró sus ojos un rato.

Cuando vino a despertarse quiso buscar el mantelito con las nueces para comer algo, pero no lo encontró. ¡Ups! Tampoco Trampolín estaba por allí. Empezó a llamarlo y anduvo en su búsqueda sin rumbo fijo durante minutos que le parecieron horas, y nada, no había rastro de él. Se inquietó y caminó cada vez más rápido por el bosque prácticamente a oscuras, tropezando de vez en cuando con ramas y piedras, se caía al suelo, pero se volvía a poner en marcha, esta vez sola, dolorida y preocupada por su fiel compañero de viaje.

En uno de esos traspiés, al ponerse de rodillas para levantarse, vio allí tranquilo, bocabajo, colgado de una rama, un murciélago pequeñito de bosque que miraba curioso la escena. Esta vez, fue el murciélago el que le lanzó una pregunta al hada:

—Bella, ¿por qué estás triste y asustada?

A lo que ella respondió:

—He perdido a mi amigo, no lo encuentro por ninguna parte.

El murciélago le preguntó si su amigo era un elfo bajito, que silbaba y llevaba un mantelillo blanco y rojo.

Bel asintió. El murciélago, entonces, le describió:

—Creo que he visto a ese pequeñín a unos 300 árboles de aquí, subido a lo más alto de la copa de un abeto gigante. Tienes que coger esta vereda de la derecha y luego otra a la izquierda y no dejar de correr para poder llegar allí antes de que anochezca del todo. Además, en esa zona del bosque habita una serpiente de tres cabezas que se traga todo bicho que se mueve.

—¡Gracias!

Dijo Bel y, antes de salir corriendo, escuchó la última frase del mamífero:

—Bella, coge ese par de alas que llevas en tu espalda y déjalas mover como ellas quieran. **Déjate guiar tú por ellas, descubre-**

**las sin juzgarlas, simplemente vístete de ellas, envuélvete en su ligereza y sal pitando a por tu amigo.**

Bel asintió y emprendió una carrera cada vez más veloz, hasta que llegó a una bifurcación del bosque donde sólo se pudo guiar al escuchar la llamada de auxilio de Trampolín que estaba agarrado a una débil hoja en la cima de un árbol altísimo, a punto de resbalar y caer sobre esa serpiente de tres cabezas que lo esperaba con la boca bien abierta para tragárselo.

A lo lejos, Bel, que estaba viendo la escena, aceleró más aún, y de repente notó que sus alas se habían desplegado y se movían haciéndola llegar por el aire hasta la rama donde se había encaramado su compañero. Allí, Trampolín, exhausto, sin fuerza ni voz, se soltó al vacío y ella lo cogió con sus manos libres y lo abrazó para llevárselo en un vuelo sereno a un lugar seguro, a casa.

Y en esa casa de madera, una vez que el hada había colocado a su compañero en el suelo, acercó su carita feliz a la de Trampolín, que aún temblaba un poco. Se fue calmando, le sonrió y le preguntó:

—Bel, ¿cómo es que has podido cogerme en el aire volando con tus alas? ¿Conseguiste averiguar el secreto para volar?

A lo que el hada respondió:

—No había una respuesta secreta, ni había que inventar algo nuevo. Sólo tenía que ser yo, confiar en mi naturaleza, dejar salir la emoción y la fortaleza que había dentro, y dejarme envolver por ellas. ¿Sabes, Trampolín? Yo también estaba asustada, pero valía la pena intentarlo.

A lo que el elfo respondió:

—¡Waka Leke! Sabía que ibas a conseguirlo, lo sabía.

FIN



# EL JARDÍN DE MAYA

ELENA CABALLERO



eñor director...  
La boca de Maya se cerró de improviso bajo el nervioso palmetón de su padre en los labios.

—Calla niña, calla, que no sabes. —Le dijo justo cuando su pequeña hija se atrevía a preguntar al orador, desde la quinta fila de asientos, en la sala llena de gente a la que la habían llevado.

Pero Maya sabía más cosas de lo que nadie cree. Dicen que conoce el significado de las estrellas, las nubes y los planetas, pero casi no llama la atención porque desde aquel episodio apenas habla.

Todo reposa en el fondo de sus pequeños ojos casi malvas. Su pelo es rojo muy oscuro y su suavidad e inocencia desarmen a cualquiera. Se podría decir que es de esos seres que con su pureza sostienen el universo. Cosa que pensaba, cosa que se hacía realidad, y era capaz de adivinar acontecimientos venideros. Ella callaba porque eran cosas tan gordas como que el planeta entero iba a sufrir un cataclismo y África se iba a partir por la mitad y cosas así.

—Pero chiquilla, ¿qué dices? —dirían. Aunque ese cuento fantástico sigue apareciendo en sus sueños.

Cuando levanta la mano en el colegio, la profesora ni la mira. ¿Es que nadie la ve? Todos sus compañeros parecen preguntar cosas más interesantes que ella, pero no, a veces son tonterías. Re-



cuerda que, en clase de mates, cuando don Eduardo les explicaba las integrales, su mente viajaba hasta los desiertos más enormes de la Tierra para descansar sus neuronas en los granos de arena. ¡No entendía nada!

Cada mañana se despierta, se sienta en su silla y escribe y escribe porque no sabe dónde escupir sus palabras que nadie escucha.

Entonces Maya quiere salir corriendo porque no puede parar de hablar en su cabeza, el único lugar donde pueden habitar sus palabras, además, cuando se lanza, le sale el sentido al revés y en vez de: «Qué rollo de reunión, me quiero marchar». Le sale decir: «¿Por favor, podría echarme un poco más de té?»

Hay un vértigo en su ombligo cada vez que quiere hablar. Maya oye el bla bla de los mayores, pero nota que entre el bla y el otro bla no hay ningún sentido. Y llora porque sabe que apenas queda tiempo antes de la hecatombe, mientras los demás siguen contando como cotorras extrañas historias de celos, juicios, hipotecas, aranceles, tumores, deudas, rebajas y quehaceres. La niña no quiere saber nada de este mundo de los mayores, marcianos alejados de lo más importante para ella: el pastel de chocolate, el color del atardecer o el cric cric de los grillos en verano.

«Ojos que no ven, corazón que no siente», piensa maya. «Claro, ningún ojo ve nada porque clavados están en las pantallas».

Una vez por semana, Maya va a casa de su tía Concha, quien esta tarde ha invitado a café y pastas a su amiga Gertrudis, con quien hilvana frase tras frase poniendo verdes y moradas a las vecinas.

—¿Te he contado ya lo de Pilica?

—Cuenta, cuenta —responde con sus ojos fuera de las órbitas doña Concha.

La niña radiografía su conversación, ve salir las palabras y pegarse en las paredes como lapas. ¡Nadie más las ve! «¿Por qué no hablarán mejor de cuál es la postura ideal para hacer piruetas en un colchón?», piensa.

Después su tía pone la tele y Maya ve cómo cada una de las noticias que lee el presentador traspasa desde su lengua la pantalla para enredarse como babas negras en las patas de la mesa camilla.

—¿No veis el estropicio? —insiste Maya.

Vaya, vaya, no lo veían. Era una tragedia, en fin, tampoco el mundo se acababa... de momento.

Al regresar a casa, su madre siempre le preguntaba:

—¿Qué tal en casa de la tía Concha?

La niña no sabía cuál de las decenas de frases que se agolpaban en su cabeza podía describir mejor los terrores de aquella tarde aburrida en torno a la mesa camilla. Una no fallaba:

—Bien, mamá.

Por tanto, por economizar y por no pensar, lanzaba dos monosílabos y nadie le reclamaba a la niña más, puesto que bastante cansados andaban ya de la verborrea circundante. Tanto, que su hermana le dijo una vez que había personas que lo ponían todo perdido de palabras y que por eso le gustaba estar junto a los silencios de Maya. Su silencio era solo aparente. Dentro de su cabeza pelirroja bullían, como en una lavadora, todas las palabras que le entraban por el cajetín de sus oídos. Se daba cuenta de que muchas veces no se enteraba de nada, pero ella disimulaba.

—Sí, sí, claro, te entiendo —decía. Era mentira. Hacía siglos que había desconectado.

El momento de ir a la cama era el peor para Maya. En cuanto desenchufaba sus ojos de la realidad, en vez de imágenes de estanques dorados o princesas galopando, la niña soñaba palabras y más palabras: *cachalote*, *despensa*, *daga*, *sopor*, *caracola*, *carromato* o *culebrón*. Por eso cada mañana se despertaba agotada.

Menos mal que existían los libros de cuentos sin apenas texto, con enormes ilustraciones donde descansar los ojos en el pliegue del vestido de la madrastra, el encaje de la camisa del rey o en la pupila verde del dragón.

Una tarde pidió permiso a su madre para caminar sola por su jardín favorito de tulipanes blancos. Le gustaba ver sus copas vacías en las que no era necesario meter nada, ni una nariz, ni tan siquiera un piropo, o una coma, ni una gota de saliva disparada. Y fue entonces cuando descubrió que caminando por entre las matas, las flores cobraban vida y parecían saludarla. ¡Qué bueno que ellas no necesitaran palabras! Maya decidió quedarse a vivir con ellas.

En vez de amigos y familia se rodeó de árboles y plantas y se dio cuenta de que ahora cuantas más palabras callaba o no articulaba, más relajó sentía.

Su felicidad no duró para siempre. Porque de tanto no hablar se le gangrenó la boca de todas las cosas no dichas pero deseadas y vio con espanto que así no podía seguir.

—Estás muerta de miedo, ¿verdad? —Le preguntó una compasiva araña que le salió al paso desde su tela colgante del árbol más viejo de aquel jardín.

—Sí, porque ya no entiendo nada, la verdad —respondió Maya.

—Niña, es que disparas al azar las frases y no pones nada en relación con nada. Teje un poquito tus palabras: ¿desde dónde quieres hablar, desde tu corazón o solo desde tu cabeza? Y, sobre todo, ¿qué quieres expresar? Como en todo viaje has de tener una brújula para saber adónde quieres llegar. Que no sea todo hablar por hablar. Así encontrarás el valor para disparar tus palabras con tino.

—Nunca lo había visto así, señora araña —reconoció la niña.

—Si te paras un poco a pensar, la tela de tu discurso tendrá un centro y por tanto una consistencia y no se romperá y en él podrás descansar incluso en los momentos en que no encuentres qué decir.

—Suená bien —reconoció Maya mirando al arácnido fijamente—; le confieso señora que son muchos los momentos en

que no tengo ni ganas de pensar y hasta me gustaría ser tan solo un alga movida por el mar.

—Pues no temas, niña, eso será pasajero. En el principio fue el verbo, y al final será el verbo también; tarde o temprano, encontrarás las palabras que buscas.

Maya se despidió más tranquila de la araña, quien había tejido mientras hablaban una hermosa alfombra voladora. La niña se subió a ella y desde lo alto se vio capaz de empezar a descoser las palabras incrustadas desde el principio de los tiempos en las costuras de las nubes y demás entretelas del universo que conocía tan bien y vio cómo, a medida que lo hacía, salían volando hechos añicos los antiguos «que no tengan nada que decir de ti», «arréglate», «ten cuidado», «disimula», «cierra bien la puerta», «no llores», «tú no» o «eres un desastre».

Todas ellas las dejó caer en un enorme caldero que alguien había abandonado en la entrada de una cueva al fondo del jardín. Descendió y allí, descalza, removi6 y removi6 hasta que se transformaron en un humeante caldo espeso y gris.

Entonces sintió cómo la gangrena de su garganta se convirtió en un hermoso collar de semillas rojas y vio como, en forma de humo, ascendían y le rodeaban nuevos mensajes: «Todo está bien», «confía en ti», «eres suficiente», «no temas», «adelante», «tú puedes», «tú sabes».

De pronto, el aire de todo el planeta se volvió más puro y empezó a entrar por todas las ventanas y por todas las narices. Vio cómo el humor de su madre mejoraba, los telediarios se volvían más alegres, las pastas de tía Concha sabían más ricas y hasta lograba entender mejor las matemáticas.

En ese instante las ambulancias y los gritos enmudecieron, la Tierra quedó sin palabras y un enorme silencio irrumpió, por lo que Maya pudo oír, por vez primera, cómo se abrían los bulbos de los tulipanes blancos.

Y algo aún más sorprendente sucedió. Las personas comenzaron a hablar solo cuando tenían realmente algo importante que decir y así fue como aprendieron a entenderse solo con profundas miradas y gestos y hasta empezó a escucharse el vuelo del colibrí -si es que tenías la suerte de vivir cerca de alguno-.

Así Maya pudo adivinar cómo fue el día en que las personas se dieron cuenta de que, más allá de las palabras, había algo que las unía y cómo aprendieron a sentir crecer debajo de las plantas de sus pies las raíces de todos los árboles del planeta —como en un lenguaje Braille pachamámico—. De esta forma, reconocieron toda la sabiduría, todo el poder y todo el amor que guardaba el silencio del cosmos. Y ningún cataclismo ocurrió.

FIN

*A mi esposa e hijos.*

# TRANSCENDENCIA

MIGUEL FERNÁNDEZ



**H**abía sido una mañana agotadora. Su compañero le había avisado a primera hora de que un problema familiar le impedía acudir al trabajo.

Tuvo, él solo, que atender el correcto desenvolvimiento de la actividad.

Una vez cuadradas las cuentas, reordenadas las estanterías y dado un último vistazo a las dependencias, se encaminó hacia su casa. Su esposa le había dicho que, por favor, no se entretuviera con los amigos pues había surgido un problema doméstico que ella no podía afrontar. No le había especificado cual.

Preocupado, condujo su automóvil de forma autómata, sin prestar atención al enloquecedor tráfico que había en esos momentos.

Un estridente chirrido junto con un fuerte golpe, le hizo recuperar momentáneamente la conciencia de dónde estaba y adónde se dirigía.

Duró unos segundos.

Dolores inmensos y una algarabía de ruidos y sirenas, le transportaron a un desconocido lugar donde oía sonidos que no lograba identificar, y donde le rodeaba una luminosidad extrema; todo ello sin percibir los dolores anteriores, ni escuchar nada que pudiera asociar a algo conocido.



El silencio era sepulcral, pero existía algo muy bello, armonioso y tan gratificante que hizo que el dolor que había sentido momentos antes desapareciera.

Fueron unos instantes en los que se agolparon ante él buen número de figuras sutiles que, en algún caso, le recordaban algo lejano que no sabía si era familiar o no.

Se fueron apartando conforme él avanzaba por un camino desconocido, apareciéndose y ocultándose más siluetas y paisajes preciosos que, se percató, correspondían casi todos a situaciones y vivencias propias.

¿Cómo era posible eso? Aquello correspondía a un pasado que asociaba al suyo. No podía dar crédito a lo que estaba viendo... viviendo... ¿o quizá soñando?

De pronto, otra fuerte y dolorosa sacudida le sacó de la ensañación. La envolvente luminosidad se fue extinguiendo y aparecieron ante él varios pequeños pero intensos focos que, acoplados a gorros verdes, permitían que unas habilidosas manos trataran de recomponer sus riñones y pulmones que estaban destrozados.

Nunca supo si fue un sueño o realmente lo vivió, porque él tenía estupendamente sus riñones y pulmones.

Era lo que, de forma recurrente, meditaba en la silla de ruedas que le habían proporcionado, al haber casi perdido las dos piernas en un accidente de tráfico que había sufrido tiempo atrás, en el que dio positivo en drogas y alcohol.

La lamentable situación en que había quedado no le libró de rendir cuentas ante la Justicia. Eso le llevó, una vez salido del hospital, a tener que ingresar en prisión, pues su imprudencia había causado más daño a terceras personas que los que él mismo había sufrido.

Se sintió solo y abandonado por sus próximos y familiares, por la situación de ruina que había causado, ya que hubo que indemnizar fuertemente a varias personas.

Tras algún año en el Asilo de Beneficencia donde se encontraba acogido, había tenido la sensación de crecer ya que, con lo bajo que había caído, difícilmente podría caer más.

Se preocupaba por la vida y situación de sus actuales compañeros, con cuyo conocimiento pudo sobrellevar lo que para él era una gran desgracia. Aprendió a jugar al dominó, cosa que antes le resultaba imposible ni tenía tiempo para ello.

Además, no había perdido ni riñones ni pulmones (habría sido, en aquel entonces, un sueño alucinógeno). Y las piernas tampoco; las había dado por perdidas, pero físicamente estaban ahí aunque, eso sí, paralizadas.

Alguien había comentado en el Asilo que, nosequé doctorenalgo, había anunciado el descubrimiento de un fármaco que, inyectado en las rótulas, permitía elevarse y sostenerse en pie al impedido y en no mucho tiempo y con el debido ejercicio, desplazarse con bastante independencia.

Eso le llevó a interesarse por su necesaria evolución intelectual y mejoría física. Recordaba las situaciones ensoñadas tras su terrible accidente y anhelaba aquellas escenas y, en especial, la luminosidad, paz y armonía de las que había gozado tan escasísimos momentos. ¿Habría alguna forma de conseguir eso? (Sin repetir el accidente, claro).

Ahora leía mucho y se apoyaba en todo lo que le ayudase a comprender lo que le parecía mas trascendente, y eso era conocer lo que mas cerca de sí tenía:

ÉL MISMO.



*A mi mujer Laura y a mi hija Paula, que son los motores  
que me hacen ser mejor persona y a mis queridos Padres.  
A Paqui Lobo, a Laura Miralles y a Juan Pedro Romera.  
Es un placer compartir mi tiempo con todos vosotros.*

# LOS ROSALES Y LA MÁQUINA DEL TIEMPO

MANUEL ORENES PEÑALVER



**E**sto es la historia de un niño que comenzaba con su carrera de la vida. Nunca le gustaba estar en casa, siempre estaba por la calle riéndose con todo el mundo y lo que más le gustaba era subirse al árbol de la entrada de la aldea para ver pasar a la gente y a la diversidad de animales que traían con ellos.

Sus padres siempre estaban muy atareados y nunca le habían dicho a su hijo que cogiera un libro, ni que se pusiera a aprender algún oficio.

Un día, un anciano de barba blanca contempló a aquel niño sonriente subido encima de su árbol, pero no le gustó lo que vio. El anciano le dijo al niño que se bajara del árbol porque tenía que hablar con él. Como el niño no conocía al anciano, no le hizo caso y no se bajó. El anciano le preguntó que cómo estaba, a lo que el niño le contestó, con total naturalidad, que como no le conocía no era asunto suyo. El anciano insistió, y le preguntó si no se aburría de hacer siempre lo mismo. El niño se sorprendió de la pregunta, una pregunta tan sencilla, y se quedó sin palabras, no supo qué contestar. Se bajó del árbol y se fue con un sabor agri dulce a su casa. Se entristeció al ver que una pregunta le hiciera sentirse tan mal, dentro de él sabía que nunca había hecho nada y que su vida era muy aburrida y monótona, y solo estaba esperando a que pa-

sara algo emocionante en su vida. Se alegró de que alguien, por primera vez en su vida, se interesara por él.

Sin saber cómo ni por qué a la mañana siguiente se convirtió en Oruga. Al principio se sintió más pequeño y más insignificante que antes, pero notaba que algo había cambiado. Ahora podría irse a todos lados y hacer lo que quisiera sin sentirse observado, y viajar por todo el mundo sin tener que dar explicaciones. Así que cogió las pocas cosas que pudo y se marchó de casa.

Una noche, mientras la Oruga dormía, vino un pájaro y se lo llevó a su nido. Allí, en las alturas del árbol, tenía unas vistas maravillosas, las mejores de todo el bosque. Hasta donde podía ver contempló un paisaje nunca visto, flores rojas y bellas resplandecientes a kilómetros de distancia. No lo dudó ni un instante y decidió que llegaría hasta aquel hermoso lugar para contemplarlo de cerca. Le preguntó a su amigo pájaro cómo podía llegar hasta ese lugar, a lo que su amigo le contestó que como él iba volando no le podía ayudar. La Oruga se quedó desconsolada con su respuesta. Esa misma noche empezó a soplar un aire feroz y, como no podía dormir, sin darle explicaciones a sus amigos, la Oruga saltó del árbol y empezó a rebotar de hoja en hoja y, en una de esas, se resbaló y se precipitó al vacío, pensaba que ya no la iba a contar, pero tuvo la suerte de caer en la tela de una araña. La araña la vio asustada y la invitó a que pasara allí la noche hasta que remitiera el temporal. La Oruga, muerta de frío y de miedo no vio ninguna opción mejor y aceptó la invitación. Cuando amaneció, la Oruga le dio las gracias a la araña por su hospitalidad y prosiguió con su viaje.

Iba por el inmenso bosque lleno de vida y observando todo lo que se había perdido por no querer salir de su árbol, cuando de repente se cayó en un lago y empezó a hundirse. Sintió que algo se le pegaba al cuerpo y empezó a salir a la superficie. Cuando se dio cuenta, la había rescatado una rana, que al ver a la Oruga caer al fondo del lago le lanzó su lengua para atraparla y así poder sacarla

con vida antes de que se terminara de hundir en el fondo del lago. La Oruga estaba exhausta y le contó todo lo que le quedaba por delante. La rana al verla así le dio ánimos, le dijo que era normal encontrar dificultades en el camino y que prosiguiera con el viaje porque confiaba en ella, que al final lograría ver su magnífico paisaje.

Días más tarde, un anciano de barba blanca observó a una Oruga, era distinta a las demás, se acercó y le preguntó:

—¿Cómo estás, amiga Oruga?

Esta vez sí le contestó y le dijo al anciano que estaba muy lastimada por todo el cuerpo, pero que había visto un hermoso paisaje y que iba a continuar en su búsqueda. El anciano se alegró de escuchar esas palabras y le lanzó otra pregunta:

—¿Estás segura de que quieres continuar con tu viaje?

La Oruga dudó y estuvo a punto de decirle que se quedaba con su amiga la rana, pero le dijo, decididamente, que sí, que continuaría con su viaje. El anciano metió la mano entre su larga barba blanca y sacó una varita, dijo unas palabras mágicas y convirtió a la oruga en Pantera.

La Pantera se sintió abrumada con el cambio y empezó a correr y correr sin parar y sin detenerse ante nada ni ante nadie. Se percató que como sentía tanta fuerza, podría con todo sin ayuda de nadie.

Una tarde en la que no sabía adónde ir —estaba totalmente perdida en aquel bosque— apareció una serpiente, la Pantera se sintió amenazada, estuvo a punto de matarla, pero se contuvo y esperó a ver qué hacía. La serpiente se levantó y empezó a cantar en un idioma desconocido y, de repente, salieron cientos de serpientes cantando la misma canción, sin sentido alguno para la Pantera. Esa noche cenaron todos juntos alrededor del fuego para calentarse. La canción había hecho efecto en la Pantera, porque ya no quería correr y correr sin parar, quería disfrutar del viaje. Habló con unos y con otros y fluía como uno más. Un día, la serpiente



le preguntó qué hacía tan lejos de casa y le recomendó que no avanzara más porque se metería en los lugares más peligrosos que aquella selva. La Pantera no pudo contener las lágrimas porque le había recordado su casa, no obstante, le dio las gracias por el consejo. No quiso darle más explicaciones y se fueron a dormir. Esa noche soplaba un aire con tanta violencia que arrancaba los árboles y salían volando sin control alguno, matando y destrozando todo lo que se le ponía por delante. La Pantera se puso en pie, asustada de toda la destrucción que había a su alrededor. A lo lejos vio a su amiga la serpiente escondiéndose para que no la matara un árbol. La serpiente pudo ver cómo a su amiga la Pantera se le llenaban los ojos de lágrimas, eran lágrimas de despedida. No se equivocaba. La Pantera se dio media vuelta y salió corriendo a toda velocidad sin que le diera tiempo a despedirse. Decidida se adentró en pleno corazón del huracán. Esta vez sintió que algo tenía más fuerza que ella. No pudo hacer nada, se dejó llevar pensando que era su fin. Abrió los ojos como pudo y arriba del huracán, tocando el cielo, pudo ver a un búho, el más bonito que jamás había visto, un Búho Real, con su plumaje blanco reluciente, sus colgantes de oro rojo y su corona dorada como la del Sol más brillante.

No supo qué pasó, no supo el tiempo que estuvo allí metida y no supo cómo llegó hasta aquel sitio. Abrió los ojos, lanzó la mirada hacia atrás y pudo contemplar un paisaje desolador, terrorífico.

Donde estaba no había nada ni nadie, en las afueras de la selva, sin peligro alguno. Se puso a recordar lo que vio cuando era una Oruga subida en el nido más alto de todo el bosque. Allí estaba ahora, transformada en Pantera, pero con un pequeño detalle, desde arriba del nido no pudo ver las gigantescas enredaderas que había antes de llegar hasta su paisaje. Tenía clarísimo que hacia atrás no iba a volver, así que, sin más dilación, se internó en esas plantas llenas de alfileres y su sorpresa fue que allí dentro, inexplicablemente, había vida. Por cada tres pasos que daban, se pinchaban en

un hombro, en la espalda o en el muslo, era increíble que la gente estuviera tan acostumbrada a ese dolor. A los pocos días la Pantera estaba completamente dolorida y no podía soportar más tiempo ese dolor, que al menor movimiento que hacía se le clavaban esas malditas agujas en el fondo de su alma. Un día, ya exhausta, aceptó el dolor que tenía y sin saber como no lo había visto antes, a unos metros de donde ella estaba, escondida dentro de una montaña, vio una máquina muy rara, que ya había oído antes cuando los lugareños la describían, que tiraba un poco de aire y poco más. No sabía por qué, pero su corazón empezó a latir más y más fuerte. En ese momento un oso pasó por su lado y le dijo que no se hiciera ilusiones, que lo había intentado varias veces, que caminaba durante días sin encontrar ninguna salida, lo único es que soplaba un continuo aire fresco que no sabía de donde venía, pero nada más, con las mismas se daban media vuelta, y que nadie había conseguido encontrar una salida. La Pantera salió corriendo sin mirar atrás, sintiendo una brisa fresca y feliz por todo el cuerpo. Echaba la vista atrás y se acordaba de todo lo que había pasado, de todo lo sufrido, pero en su cuerpo tenía una sensación inimaginable de bienestar, de curación y no sentía ningún dolor. No supo cuánto tiempo estuvo allí metida, no supo el tiempo que estuvo volando en aquel túnel. Al final vislumbró un punto de luz brillante y no pudo mantener los ojos abiertos. Cuando finalmente pudo abrirlos no supo lo que había pasado, pero allí estaba, delante de sus flores rojas y brillantes, únicas en el mundo entero.

Al otro lado, vio a un Anciano de barba blanca mirándole...

FIN



# QUE ME QUITEN LO BILAO

TRINI DÍAZ GALLEGU



**E**rase una vez un pueblo en lo más alto de la montaña. El pueblo estaba muy, muy organizado y tenía un Alcalde al que habían votado por clamor general todos los vecinos; tenía un centro histórico espectacular con una muralla que lo rodeaba de extraños y foráneos que pretendían acceder y formar parte del mismo; tenía un médico, una farmacia, una ferretería, una panadería, y hasta una tienda de ultramarinos y, por supuesto, una escuela. Su casco histórico era emblemático y hasta querían hacerlo Patrimonio de la Humanidad... (algo inexplicable porque no dejaban acceder a nadie...).

Así fue como poco a poco, cada familia ponía un granito de arena y formaba parte de esta Comunidad.

Todos eran felices o, al menos, eso parecía.

Los habitantes del pueblo lo mantenían muy limpio y ordenado, recién pintado, con macetas impolutas y flores todo el año.

Un día, en la panadería, el hijo del panadero, que ayudaba a su querido padre en la elaboración de los panes para el día a día de la comunidad, decidió salir del pueblo, atravesar la muralla que los separaba del mundo exterior y conocer otros parajes.

Porque, en el pueblo, el Sr. Alcalde admirado y votado por todos, para no entorpecer el tranquilo acontecer de las relajadas vidas de sus habitantes, no cesaba de dictaminar Decretos para que

no hubiera posibilidad de cambios ni entraran mezquinos vecinos a robarles sus ideas.

Ejemplo, uno de los últimos fue: «Por Orden del Sr. Alcalde, queda prohibido en nuestro maravilloso y envidiado pueblo tener animales solo por el mero hecho de tener compañía y que ensucien nuestras calles», o como éste otro:

«Por Orden del Sr. Alcalde queda tajantemente prohibido tener enseres en los exteriores de los hogares que perjudiquen la sincronía y perfecta simetría de nuestras calles perfectamente adoquinadas y aparejadas».

Así que, el hijo del panadero, que a pesar de vivir bien, con tranquilidad, rodeado de simetría y belleza canónica, sin faltarle necesidad alguna y con una familia maravillosa, decidió explorar y conocer otros pueblos.

Al padre, el Sr. Panadero del pueblo, esta aventura del hijo no le hizo demasiada gracia, más bien pareció una osadía:

—Teniendo como lo tiene todo, qué ingrato este hijo mío —se decía.

Así que decidió no ayudar en bienes y no ofrecerle nada para llevar en su mochila.

A Ernesto, que así se llamaba el hijo, no le costó echarse la manta a la cabeza y emprender rumbo.

Al llegar al primer pueblo, vio que las calles no estaban tan limpias como las de su pueblo, pero eso estaba bien. Las paredes no estaban encaladas, no resplandecían con la luz del día, y las macetas colgadas no eran lo perfectas y verdes que él estaba acostumbrado a ver, pero no importaba, estaba bien.

Llegó al segundo pueblo y diose cuenta que por las tabernas deambulaban personajes de todo tipo, desde campesinos afanados en las tareas del campo y que hacían un merecido descanso, hasta holgazanes sin oficio para los que la compañía y el vino estimulaba. Y estaba bien.

En el siguiente pueblo, pasó por el Ayuntamiento y encontrose con un Pleno. Aquí el Alcalde, el Vicealcalde, los Concejales, los adjuntos y secretarios de estos intentaban ponerse de acuerdo en una prohibición que llevaba a todo el pueblo de cabeza. Unos votaban que sí, otros que no, otros se abstuvieron y otros fueron anulados, por lo que no había forma de llegar a consenso y vuelta a empezar. Y estaba bien.

En el cuarto pueblo, asombrose Ernesto de que no sólo había una panadería, sino que había tres, una para celíacos, término éste que no había oído en su vida, una segunda para *veggis* o veganos, y una tercera muy pequeñita para el pan normalito de trigo sarraceno. Y estaba bien.

Eso sí, se fue caminando al quinto pueblo reflexionando si lo de veganos serían animales especiales, nuevos y que aún no habían llegado a su pueblo...

En el quinto, un pueblo que al entrar sorprendióle no sólo su ausencia de muralla, sino que ésta se había transformado en numerosos y redondeados trozos de tierra en el centro de caminos, desprovistos de trigo o de almendros, a los cuales pequeños trozos de una especie de hojalata más dura de lo normal y con ruedas daban vueltas sin parar, algunos más de una, para llegar unos metros más allá. Pero, esto también estaba bien.

En este pueblo, Ernesto quedóse más tiempo de lo normal, quiso aprender a manejar esos trozos de chatarra de colores y así poder llegar a otros pueblos con más rapidez.

Con esta especie de chatarra de color rojo, corrió y corrió y visitó y visitó sucesivos pueblos, villas, condados, ciudadelas, provincias y capitales sin cesar y amontonó y amontonó ideas para elaborar. Entre ellas, multitud de variedades diferentes de pan, que elaboraría en la panadería de su padre a su regreso al pueblo que le vio nacer, y sobre todo, dióse cuenta que aunque estas comunidades no vivían en perfecta armonía y simetría la gente era más o menos feliz, como en su pueblo.



Así, volvióse con ideas de elaborar panes no sólo con trigo sino con cebada y avena, con trigo sarraceno, con semillas de amapola, con setas del bosque que recogía en otoño, rellenos de queso de la cabra del vecino, con chorizo picante, con panceta, con acelgas y espárragos trigueros... y un largo etcétera.

Regresaba tan contento y feliz que sentíase como en una nube.

Había merecido la pena el tiempo perdido (según su padre, el Panadero), o ganado (según Ernesto), el sacrificio de vagabundear sin compañía, el no comer caliente del plato de su querida madre, el pasar frío, o calor, o de marearse cuando pasó por unas torres igualitas que creyó se caían, ahora regresaría y sería el héroe del pueblo. El único que tuvo valor de enfrentarse a su padre, al Alcalde y al Comendador, y a la perfecta sintonía del pueblo.

Cuando llegó con lo primero que se topó fue con la muralla, tan admirada por él cuando vivía antes y ahora que regresaba no llegaba a comprender la funcionalidad de tremendo mazacote que no dejaba penetrar a otros visitantes, animales o incluso tapaba parte del sol a ciertas horas a los que detrás albergaban.

Llamó a la puerta y solicitó su entrada al Alcalde por derecho propio, puesto que era ciudadano originario y aunque el Alcalde no aprobaba su reingreso, en un principio no tuvo más remedio que admitirle por haberse olvidado dictaminar un nuevo Decreto donde prohibiese el regreso a los ciudadanos que como Ernesto osaban traicionar al querido pueblo.

Ernesto, conforme se adentraba en el pueblo, fijose en las perfectas calles adoquinadas, contemplaba las casas perfectamente ordenadas con balcones de forja y plantas muy bien alineadas en las ventanas... el caso es que se sintió abrumado y hasta aburrido de tanta belleza, de la canónica como pensaba él (como mandan los cánones). Llegó a su casa, entró al obrador de la panadería bien temprano, que a esa hora estarían su padre y su querida madre recogiendo y poniendo a disposición de la comunidad el preciado pan del día.

La madre al verlo entrar, echose a llorar de alegría y emoción por tener de nuevo consigo a su adorable hijo. El padre que lo vio aparecer detrás de la artesa donde amasaba los panes diarios, le invadió una sensación entre asombro y malhumor pero, al fin y al cabo, corrió hacia él y le abrazó tal cual hacía con sus manos a la masa.

Ese día el padre cerró las puertas del obrador y por primera vez lo dejó todo sucio, desordenado y destartado, dándole igual. Sentáronse en la mesa de madera de costumbre y rogó al hijo le contara sus aventuras y todo lo que había observado y escuchado.

Ernesto, díjole al padre que no sólo había visto panes de trigo, también había conocido panes de diferentes cereales, con otras formas, mezclas de distintos colores y sabores ¡y que no siempre salían perfectos! Que las ciudades y pueblos no eran perfectas, que aunque no eran simétricas tenían una belleza singular, como de otro tipo... Que las plantas tenían bichos y a veces ni siquiera adornaban, que los ciudadanos eran de distintos colores y de todos los tamaños, pero que tanta imperfección y variedad le hacía sentir vivo y no desfallecido como cuando vivía antaño en el pueblo.

Y que tenía proyectos, muchos proyectos para la panadería: crear panes de todo tipo, para celíacos, veganos, con queso, chorizo ¡¡¡y hasta picantes con rábanos!!! Que eran buenos para el colesterol... y que para ello, le solicitaría al Alcalde abriera las puertas de la muralla y diera acceso a todo eso que no se consideraba bello, porque en resumen, lo bello muere pero lo no tan bello está vivo y en constante transformación.

Y el padre pensó y a su vez dijo:

—Querido hijo, ¿tanto recorrido, aventuras y desventuras para llegar al mismo lugar del que partiste?

Y el hijo, Ernesto, contestó feliz y contento:

—Sí, padre, he llegado al pueblo, vuelvo a la panadería para estar con vosotros, pero... ¡¡¡¡Que me quiten lo bailao!!!!

Y juntos rieron hasta el amanecer...

«Queridos niños y no tan niños, esto nos demuestra que la humanidad no puede cerrarse a conocer otras experiencias porque si no, no habría evolución y sin evolución no habría progreso, y sin progreso (siempre bajo unos límites, claro) nos extinguiríamos de la tierra que nos vio nacer».

FIN

## «AHORA TE TOCA A TI»

Ahora es tu momento, ahora te toca a ti escribir el cuento de tu vida. Te proponemos que uses las siguientes páginas para escribir tus recuerdos. No es necesario que profundices mucho, ni que te crees un problema porque quieras contar tus memorias, que ocupan seis volúmenes; no es eso. Recordar nuestro pasado, al fin y al cabo, es fabular, porque nunca sabremos si pasó de esa forma como lo recordamos, o fue de la manera como lo recuerda tu hermano o hermana, por ejemplo. Las cosas que recordamos son tan importantes como las que no recordamos, pero nuestro inconsciente nos sirve aquellas que, por alguna misteriosa razón, necesitamos recordar. Así que no le des muchas vueltas, y haz un esquema de aquello de lo que te acuerdes y escríbelo aquí. Cuando hayas acabado vete a la otra parte, unas páginas más adelante, y sigue las instrucciones.







## «ÉRASE TU VEZ»

Ya has terminado tus sucintas memorias, ahora te toca transformarlas en cuento maravilloso, ese que en el folklore nórdico se conoce como cuento de hadas. Revisa las partes más importantes, los personajes que aparecen, las situaciones, y ve transformándolas en un cuento, en una historia tan especial que te encantará contársela a tus hijos, hijas, sobrinos, sobrinas, vecinos, alumnos...

Tú eres el o la protagonista. Te pongo un ejemplo. En tus memorias ponías: «Nací en un pueblo muy pequeño y me pasaba el día jugando en la huerta con mis hermanas, nos gustaba comer nos el agrillo que crecía en primavera bajo los limoneros. Un día mi padre nos dijo que teníamos que irnos a otra ciudad porque lo trasladaban en su trabajo...»

Transformado a cuento podría ser: «Llegó el día señalado por las hadas del bosque en su famosa predicción: nacería una niña de grandes ojos y cabello brillante. Y nació [aquí pones un nombre de resonancias principescas]. Cuando su madre la vio, lloró de alegría [cuidado con las erratas, no vayas a poner 'alergia', que entonces el cuento sería muy diferente], sus hermanas saltaban de contento a su alrededor y se peleaban por jugar con ella. Cuando creció, le encantaba ir al bosque a jugar bajo los árboles cargados de frutos amarillos mientras masticaba la hierba de la felicidad...» Esto es un ejemplo. Ahora te toca a ti. Y que no se te olvide ponerle un título bonito. Érase tu vez.













Esta primera edición de *El viaje de Alicia y otros cuentos*  
se acabó de imprimir y encuadernar  
en enero de 2023.

El taller *Érase tu vez* se imparte regularmente. Si tienes  
interés en participar, puedes mirar fechas y lugares donde  
se realiza en la página web

[www.espacioparacontar.com](http://www.espacioparacontar.com)



En este volumen decimoquinto se han recogido los cuentos escritos por: Mónica Álvarez, Esther Eulalia Fernández, María África Molina, Elena Caballero, Miguel Fernández, Manuel Orenes Peñalver y Trini Díaz Gallego.

Se realizaron en el taller «Érase tu vez» los días 11, 12 y 13 de noviembre de 2022 en La Casa de la Piedra. Murcia.

[www.espacioparacontar.com](http://www.espacioparacontar.com)

ISBN: 978-84-126443-2-6



978-84-126443-2-6